

## Nuevos y audaces retos comunicacionales para el desarrollo

El desarrollo, como proyecto de cambio social, ha retornado nuevamente a nuestros países convirtiéndose en un referente importante de múltiples sentidos, aplicables a diversas actividades, a pesar del clima de incertidumbre que vivimos en el mundo implicando ámbitos internacionales, nacionales, locales y personales. La percepción de un futuro incierto de la propia vida de cada sujeto, como de la nación, crece al interior de una temperatura general de escepticismo y desconfianza. Pero, curiosamente, se logra convivir entre estos desconciertos, muchas veces repletos de indignaciones, con viejas y nacientes nociones de desarrollo las que no sólo se piensan sino que se aplican, en muchos casos con optimismo. Sin embargo, estos ímpetus suelen estar exentos de teorías sociales de transformación suficientemente sólidas. Curiosa paradoja, pues ambas tendencias, a pesar de ignorarse mutuamente, resuelven su alejamiento cuando individuos, comunidades u organizaciones se embarcan en proyectos específicos que le dan legitimidad a la capacidad de transformación de la realidad por la acción humana y la solidaridad que muchos llaman emprendimiento social. Si bien se trata de un nuevo espacio de reciclamiento de la esperanza, a la vez compromete a sus actores con una voluntad de autodeterminación, nada desechable, más bien admirable. Pues es casi una certeza que estamos mal y no va a ser posible salir de la pobreza y la desigualdad; pero, al mismo tiempo, el ser humano no pierde la convicción de mejorar como persona y en comunidad, invirtiendo esfuerzos para supervivir con mayores expectativas. Sujeto y realidad, sin ideologías ni grandes relatos a favor, tratan de ajustarse

Rosa María Alfaro Moreno  
Educatora y Comunicadora, con estudios de Doctorado en Educación. Fundadora de la Asociación de Comunicadores Sociales Calandria, actual Presidenta del Consejo Directivo. Fundadora y Secretaria Ejecutiva de la Veeduría Ciudadana de la Comunicación Social. Catedrática de la Universidad de Lima. Autora de diversos libros, entre ellos *Una comunicación para otro desarrollo*.

acercándose desde la acción que es capaz de construir otros caminos aunque no estén ideológicamente claros. Es en esa pequeña pero significativa intersección que se ubica el desarrollo y sus nociones de viabilidad dando aliento y sembrando voluntades para invertir en cambiar las condiciones de vida de la gente.

### Dilemas y conflictos del desarrollo

Sin embargo, tanto el desarrollo y la comunicación son palabras de sentido polisémico, aludiendo a diferentes conceptos, entendimientos de la realidad y de estrategias o soluciones a implementar. Existe una noción de desarrollo centrada en el crecimiento, usando índices generales y homogenizadores para medir logros económicos casi exclusivamente, conducida por la hegemonía del mercado, que desde una perspectiva liberal transitó hacia otra neoliberal, hoy muy cuestionada pues no ha significado cambios relevantes en nuestros países sino que ha profundizado las desigualdades y la exclusión social. Desde otra lectura más estructural o neo-estructural, se busca cambios más referidos al ordenamiento social y a considerar las políticas distributivas como centrales, dándole importancia al Estado como protagonista conductor, pero en los últimos tiempos también incluye a la Sociedad Civil; perspectiva no siempre posible dada las dificultades de planificación y conducción del desarrollo del Estado y de nuestra clase política<sup>1</sup>. Igualmente, el enfoque del desarrollo humano, menos pretencioso, pero con cierta inclinación romántica, apuesta por el mejoramiento de las condiciones de vida de la gente, especialmente de las más necesitadas, apelando a un sentido de humanidad y de equidad que le otorga protagonismo al ser humano como actor participativo del cambio, construyendo un capital social tan o más importante que el económico<sup>2</sup>. No faltan concepciones más populistas que trabajan el desarrollo sólo en el nivel simbólico, pues las obras visibles son su medida, igual aquellos programas sociales que rinden réditos políticos y electorales, perspectiva más centrada en la ilusión del cambio que en su verdadera eficacia, totalmente alejada del sentido de equidad. El proceso de globalización que vive el mundo y afecta considerablemente a nuestros países, es pocas

veces tomado en cuenta por falta de propuestas integrales y mundializadas del cambio a ese nivel, mientras que los retos del desarrollo tienden a localizarse en territorios, temas o actores específicos, manteniéndose vivos, pero a la vez parcelando o recortando el sentido del desarrollo, muchas veces por fuera de las responsabilidades del Estado.

En la misma medida, las diversas nociones de comunicación pululan. Los modelos “difusionistas” siguen siendo utilizados al terminar un proyecto, sin posibilidad de enriquecer un proceso, partiendo de un emisor que sabe y con capacidades de salvador, para llegar a un receptor vacío que no sabe, ni piensa, ni posee oportunidades de cambio; por lo tanto, la comunicación debe asumir la tarea de ilustrarlo con mensajes simplistas o “sencillos” que sintetizan la información que los va a transformar. O los “marketeros publicitarios” que mediante campañas cortas y precisas pretenden cambiar comportamientos y sensibilidades, restringiendo la capacidad de acción de la comunicación pues se la centra en el efecto del mensaje del spot, útil pero poco sostenible, que configura modos de intervención esporádicos de la comunicación, dejando de lado la transformación social. O la intervención exclusivamente “periodística”, que da información desde la aparición de noticias sin tomar en cuenta las perspectivas o necesidades de sus públicos pues no los conocen; menos aún, están poseídos de responsabilidad social. Pocos utilizan el modelo “relacional” que pretende generar diálogos, debates, conversaciones y concertaciones que generan cambios en las personas pues los enriquece ayudándolos a definirse y que dan pie a decisiones que van conformando temas e intereses públicos, es decir de todos. No faltan las posturas “populistas” que usan la comunicación con el espectáculo de grandes obras que generan adeptos, para un supuesto desarrollo despolitizado pero tangible; es decir, marginado del sistema de poder, colocando el desarrollo y la democracia como dos líneas paralelas que nunca se tocan, menos aún interactúan y se influyen.

Frente a estos dilemas y conflictos del desarrollo y de la comunicación, surgen retos a emprender en estos tiempos. Sabemos que partimos de una comprensión del desarrollo como una voluntad colectiva y organizada que implementa cambios sociales sostenibles y asociados a otros, la que incorpora mediante la participación a muchos actores en su definición y

gestión. Supone, por lo tanto, una relación entre Estado y sociedad civil pero apuntando también a que tal compromiso genere transformaciones sobre sus roles y su futura interacción en una acumulación distributiva de poderes. Axioma bastante amplio, pero que coloca como idea central a un desarrollo que va generando mejores condiciones de vida, pero que es a la vez una búsqueda de transformaciones sociales más significativas e inspiradas en la instalación de la justicia como lógica de convivencia humana. Se desafía a disminuir la exclusión y afianzar el establecimiento de un orden democrático y ético que garantice libertades, derechos y responsabilidades para todos, desencadenando sentidos comunitarios y de solidaridad. De hecho, tal afirmación nos lleva de la mano a las transformaciones institucionales y de reestructuración de la sociedad. De alguna manera, estamos sugiriendo caminos inversos y diversos a los más tradicionales que decretan cambios únicamente de arriba hacia abajo, o empezando por los estructurales para llegar a los humanos. Son más bien líneas convexas y a la larga convergentes de acuerdo a estrategias diferenciadas para cada país, región o localidad. Es decir, requerimos de apuestas también políticas con diversos componentes y sentidos.

En ese entendido, la comunicación dejará de ser sólo un instrumento o un conjunto de producciones para constituirse en una finalidad y un componente sustancial al desarrollo. Y, desde esa perspectiva, será al mismo tiempo gestora de múltiples procesos de inclusión basados en la interlocución y la formación de comunidad, respetando diferencias pero con igualdad y provocando decisiones mancomunadas; y, al mismo tiempo, ser el alma de la gestión de los cambios, haciéndolos públicos; es decir, de todos y relacionados entre sí; además de sus aspectos mediáticos que la llevan a su sentido instrumental, pero reubicado y no postizo a otras actividades consideradas como centrales. Estas son tres funciones claves que deben marchar juntas sin cercenarse. Sería, por lo tanto, un motor dinámico y ético del desarrollo. En ese sentido, perfilamos algunos retos que la propia realidad del desarrollo nos obliga a asumir.

La actividad comunicativa es altamente rica en procesos educativos, comunicacionales y políticos, aspectos necesarios para un cambio social realmente humanizador y sostenible. Desde esa mirada, hasta una simple campaña adquiere otro sentido pues se hace más ambiciosa y eficaz,

enganchada a otras actividades y sentidos. Las capacitaciones deben ser enérgicas en la reflexión, interpeladoras en la motivación y comprometidas con acciones específicas. Los cambios de comportamiento, tan destacados como esenciales al desarrollo por algunas teorías, son sólo pretensiones casi románticas y muchas veces distanciadas del sentido de libertad, probablemente influidas por concepciones conductistas extraídas del ámbito de la psicología que ordena desde fuera mutaciones internas. Porque el cambio debe ser sentido, buscado y peleado, creando nuevas capacidades y sensibilidades para transformar, haciéndonos ver que las conductas, en esa fruición constante, generarán unos u otros cambios en la vida de la gente, sin imposición o seducción alguna.

#### Comunicación, reflexividad y articulación

La comunicación, así, no se restringe exclusivamente a trabajar la relación entre desarrollo y sociedad. Internamente, le toca un papel motivador de reflexión y autocrítica sobre las prácticas y los sustentos teóricos con los que trabaja. Es decir, se hace cargo de la indispensable confrontación entre lo que se hace, lo que se logra y lo que va ocurriendo en la sociedad, a la luz de las nuevas teorías sociales que vayan surgiendo. De allí, que sea importante apostar a un comunicador pensante del desarrollo, capaz de generar diálogos y conversaciones sobre intervenciones y sentidos que van emergiendo de las prácticas y las problemáticas de nuestras sociedades. No sólo es un motivador sino que organiza las discusiones acerca del desarrollo, lo más comunicativamente posible, produciendo acuerdos e identificando con tolerancia los disensos. Propicia diversas formas o estrategias para lograrlo. En esa perspectiva, colocar el tema de los sujetos del desarrollo, su comprensión, los cambios y evoluciones que viven en sus sensibilidades e identidades culturales, como también la calidad de su participación en el desarrollo, son aspectos especialmente destacables.

Ello supone promover y gestionar la articulación comunicativa entre los diferentes actores del cambio, para que puedan intercambiar ideas y coordinar relaciones, superando la fragmentación en la que nos

encontramos, ya descrita anteriormente. Significa, por lo tanto, buscar formas de cohesión entre la sociedad civil y entre ella con el Estado. La primera no puede ser una lista de instituciones y organizaciones sino un foro comunicativo permanente, generador de trabajos conjuntos. Es decir, la comunicación debe ser parte constitutiva de la acción por el cambio, tanto en los momentos de tribulación, fracaso o éxito vividos, como en los de éxito y certezas. Oficia como un sistema sanguíneo que hace recorrer la fuerza vital del cuerpo, al que además hay que cuidar, incrementar y mejorar.

Un segundo aspecto debe apuntar a que los proyectos de desarrollo se sitúen en la relación comunidad-localidad-país-mundo, no asumida como línea recta, sino como impulsos de articulación entre diferentes ámbitos para justificar los objetivos más profundos del desarrollo y hacerlos legítimos. Ayuda la práctica del posicionamiento, pero no necesariamente satisface esa interrelación. Es indispensable apostar al intercambio y la solidaridad como prácticas de vida y de comunicación. Darle lugar a la conversación permanente. No se trata de diseminar y multiplicar mensajes, sino de gestar redes de articulación entre actores e instituciones de diferentes ámbitos, cuando sea posible y pertinente. Se trata de usar lo virtual en relación a la movilización comunitaria, la bilateral y la directa. Lo que ocurre en el mundo importa hasta en la más pequeña comunidad si es que sabemos hacer los puentes necesarios, montando una información pedagógica altamente comunicativa y convocante, capaz de enlazar voluntades y experiencias de cambio.

#### La esfera pública y la legitimación del desarrollo como ética pública

Desfilan, hoy, nuevas líneas del trabajo comunicativo tales como la producción amplia y concertada de la agenda pública ligada al desarrollo; la organización de un debate plural que garantice escuchar y respetar y llegar a construir consensos, identificando disensos claves para el aprendizaje y el ejercicio democrático; la organización de relatos simbólicos recuperando la vida e historia cotidiana y los conflictos del ser ciudadano hoy; la promoción de discusiones y producciones que alimenten las decisiones ciudadanas a tomar y permitan abrir otros

espacios de participación para el cambio; que la ciudadanía forme una demanda de calidad a los medios y puedan ejercer vigilancia sobre ellos; el cambio en los programas políticos siendo interesantes a las prácticas y a las demandas sociales mejor elaboradas. Es decir, una comunicación que cree y recree lo público en relación con los ciudadanos. Una comunicación que monitoree el comportamiento del poder y ayude a forjar otros equilibrios empoderando al ciudadano. Una comunicación que sea capaz de colocar el desarrollo como un tema cercano, apasionante y que nos pertenece a todos, dándole la palabra a muchos.

Ello pasa por organizar un foro público permanente e incorporar a los sectores populares como protagonistas importantes; no los únicos, y cuyos temas recojan sus problemáticas y apunten a la inclusión social. Tarea no sencilla, pues no sólo se trata de hacer política, en el buen sentido, sino que significa una transformación de las narrativas y estéticas de comunicación de manera que posibiliten una expresión y un diálogo plural y creativo. Es inducir un encuentro de la sociedad consigo misma y con el futuro a buscar. Inclusive, las dimensiones educativas de carácter ciudadano a incorporar no sólo deben estar presentes en los medios sino en las prácticas directas con la población, moviendo a la sociedad en su conjunto en acciones comunicativas de aprendizaje y de diverso tipo.

Le toca a la comunicación la promoción del debate público dentro de un modelo comunicacional que busca la creación y mantenimiento de "Redes de diálogo y producción simbólica"<sup>3</sup> diferenciándose del modelo marketero publicitario (sin negar algunos usos importantes del mismo) y del difusionista centrado en la transmisión de información. Se trata de definir una comunicación que se coloque al centro de la creación y el mantenimiento de lo público en el sentido constructivo, entendido como intereses, espacios e imágenes comunes<sup>4</sup>, que garantice una democracia asumida como valor y práctica. Sabiendo que entre consumo y ciudadanía se gestan hoy articulaciones significativas y que la democracia se relaciona mucho con los medios porque mediante ellos se visibiliza el poder.

A pesar de las diferencias entre modelos y estrategias sobre el desarrollo y la comunicación, se ha trabajado una destreza vinculante de la comunicación con la educación, la información y la política. Se ha reconocido, así, sus límites y su capacidad céntrica, contra viejas

posiciones que pretendían hacer de la comunicación un espacio autónomo, “comunicacionista” donde había que construir todos los paradigmas posibles. Si bien hay que darle importancia, debe asumirse como factor emparentado a la complementariedad disciplinaria y los modos diferentes de potenciar sinérgicamente a la comunicación como aspecto clave del desarrollo humano. Igualmente, el destacar el espacio público como pertinente al desarrollo ha sido un mensaje clave que muchos están comprendiendo y la necesidad de construir no sólo resultados sino la formación de demandas de calidad en la población.

Hacia un proyecto cultural incluyente: pluralismo y comunicación intercultural

Toda acción de desarrollo debe sostenerse en un proyecto cultural preciso que le permita darle sentido a su intervención, guardando el equilibrio entre la necesidad social, las identidades forjadas y los imaginarios de cambio que se producen y reproducen en la gente para sí misma y para los demás. La idea de pluralidad señala con fuerza que no existe una homogeneidad o una unidad previa subjetiva frente a cualquier acción o búsqueda de los sujetos. Las formas de vida y los modos de ser no son similares, peor aún los símbolos y los imaginarios colectivos. Estamos hechos de múltiples diferencias, todas válidas, mereciendo reconocimientos. Esas disparidades no sólo se dan entre las diferentes culturas, sino al interior, por ejemplo, de una misma etnia o de un pueblo rural específico aunque se compartan algunas afinidades que acercan a los integrantes de un grupo humano y le dan un perfil básico específico.

Esta perspectiva de reconocimiento de la pluralidad que nos habita, afirma la idea de democracia y su importancia en la acción política y cultural. Voces y sentires múltiples que merecen ser visibilizados porque son dignos y poseen palabra. Así habría que transitar de esa constatación a un sentimiento más bien pluralista que supone una actitud de escucha y valoración respetuosa de los diferentes, posibilitando tolerancias mutuas y convivencias públicas, impregnadas de diálogo e interacción.

Sin embargo, tal afirmación puede llevarnos a subestimar la construcción de similitudes, de coincidencias, de aspiraciones comunes,

de campos evidentes de diálogo y negociación, de construcción de consensos, desde un punto de vista positivo. Como también se identifica y cuestiona al poder que ciertamente va conquistando ciertas homogeneidades y sentidos comunes, para su beneficio, no permitiendo crecimientos e independencias. Ciertamente, los otros no serían extraños sino sujetos humanos y por lo tanto universales. Es decir, la diferencia no puede entenderse como separación entre supuestos disímiles, negando toda posibilidad de comunicación.

Igualmente, ese énfasis en la pluralidad puede estar borrando de manera inconsciente la necesidad de igualdad social en nuestras sociedades fuertemente excluyentes e injustas. Es decir, no se subraya suficientemente la pertenencia de los diferentes a una misma sociedad más amplia, teniendo similares derechos y responsabilidades. Tampoco se toma en cuenta las grandes demandas de las diversas culturas y sectores sociales para ser incluidos social y culturalmente, haciendo de la igualdad y la diferencia dos aspectos complementarios e indispensables a considerar. Por ello, un proyecto cultural debe adquirir claridad sobre los protagonismos a destacar, reconociendo las particularidades sin volverlas exóticas y lejanas pero sí interesantes a todos, apasionantes de ser conocidas para gestar comunicación. Y al mismo tiempo, que nos signifiquen una ratificación de la igualdad y equidad. Pensamos que la comunicación en ese sentido es una perspectiva clave para producir esos equilibrios que generan respeto pero a la vez instalan el diálogo, la conversación y el intercambio cultural. Cada proyecto tiene que trabajar, finamente, este aspecto. De esa manera, democracia y justicia se convierten en dos pilares básicos de reconstrucción de las nuevas utopías en donde pluralismo y justicia sean retos y ponderaciones a construir de manera conjunta.

El modo como hemos venido usando el término de interculturalidad, partiendo del reconocimiento a la pluralidad cultural que nos caracteriza, exige ya un respeto inclusivo, una propuesta de consideración de las diferencias en un mismo país, nación o sociedad. Habría, así, una superación del indigenismo que apartaba a tribus y etnias del derecho a convivir en una misma realidad y de ser respetados como iguales. Significa una apertura de integración cultural y política que exige el derecho a

construir la propia identidad y plantea, frente a gobiernos, instituciones y opinión pública, la consideración y trato específico a cada colectividad tomando en cuenta su habla y cultura cotidiana y simbólica. Representa una apertura en la comprensión de la idea de nación, no como una tarea de unificación que elimina al extraño sino que lo incorpora en una relación de convivencia, asumida y organizada por todos. Es un reclamo a la capacidad tolerante de una nueva sociedad que se haría entre diferentes. Así, ser homogéneos no es más un rasgo de utopía. Lo popular nacional, como una tarea a construir para superar esas diferencias que Gramsci llamó culturas subalternas, es un discurso ampliamente cuestionado. El derecho a la cultura propia abre siempre la inclusión de nuevas emergencias y de dinámicas permanentes de cambio y creatividad.

Sin embargo, la idea de pluralidad no ha trabajado suficientemente la interacción cultural entre los diferentes. No se valora el diálogo y lo que de “inter” sugiere la etimología de la palabra. Más bien se la entiende como “intra”, reeditando viejos aislamientos o pretensiones de pureza, evitando contagios posibles. La comunicación popular insistió en unir a los pares, en relacionar a quienes participan de una misma cultura. No necesariamente planteó la interlocución entre disparejos. Esta misma actitud se reedita hoy en aquellas políticas comunicativas que fragmentan a los públicos, de tal manera que no es posible el intercambio comunicativo entre generaciones, culturas y ubicaciones de poder. La segmentación y la interlocución entre diferentes son dos políticas comunicativas y culturales a implementar.

Esto nos hace ver, en primer lugar, cómo no podemos seguir operando con nociones culturales estáticas. Lo dinámico de cualquier cultura es condición de su misma definición. Éstas se construyen sobre la base de identidades sólidas y ligeras, generando movimientos de cambio y de interrelación. Valorar más a las culturas en sí que a los sujetos como productores de cultura creativa es un serio error. Es como convertir lo producido en una forma o norma de opresión desde donde se la juzga, teniendo como resultado una nueva manera de imponer. El derecho a innovar es, en ese sentido, defendible.

Ciertamente, hay culturas que son percibidas por sus propios seguidores como de menor valor que las hegemónicas, vistas y asumidas como

superiores. Al estar en contacto con otras comunidades o aglutinamientos de personas recibieron desprecios y conductas etnocéntricas. Sus identidades sintieron el desplazamiento hacia el umbral de lo no válido y atrasado. Debieron buscar el lugar propio, despreciadas, ignoradas. Son fuertes frente a sí mismas pero débiles frente al poder. De allí que se localicen en ciertos territorios, en determinadas celebraciones donde rompen el silencio y se hacen sentir. Inclusive, no podemos olvidar que muchas veces el silencio indígena opera como resistencia, no necesariamente como sumisión.

La defensa de las culturas fue y es una estrategia de respuesta para sobrevivir en el mundo que está en manos de otros. Toda identidad necesita ser reconfirmada constantemente. De allí la permanencia de ciertos rituales, de la repetición de ciertas formas de acercamiento mutuos entre pares, de la acumulación constante de lazos simbólicos subjetivos cohesionadores y de creencias. Sin embargo, ésta es la conducta cultural de quien está amenazado, de los que pertenecen al mundo de los inseguros. Así, recurrir sólo a la defensa como política cultural podría significar afirmaciones de esa debilidad; de cierta manera, es mantener la subestimación cultural. Folklorizar ha sido siempre una tentación que ha hecho de los sujetos seres extraños o exóticos cuya producción cultural está en la memoria, pero no se proyecta al futuro con creatividad. Se continúa perpetuando aquella oposición entre quienes vivirían el pasado y sólo les queda sobrevivir y los nuevos emprendedores culturales que dejan lo propio para relacionarse con lo ajeno. El progreso es de todos y la creatividad también, pues ya hay un camino recorrido de mezclas entre tradición y modernidad, no son precisamente dimensiones culturales opuestas. Buena tarea para la comunicación.

Pero, la cultura es hoy más que la identidad y las costumbres; es decir, no es patrimonio étnico sino también se circunda a lo urbano ampliamente mayoritario en el país. Tiene que ver con las subjetividades y el desarrollo de otras formas de agruparse entre los seres humanos. Y, aunque no nos guste, el espectáculo y la diversión es hoy un aspecto central de la cultura. Se ha tendido a especializar la cultura, referida a sí misma otorgándole lugares y especialidades encajonados. Aplicación realizada en el campo de las llamadas actividades culturales. Así están las

páginas o secciones culturales, las agendas sobre ofertas existentes. Hoy, contamos con un panorama amplio y diverso de producción, circulación y consumo culturales especialmente urbanos, cuyo flujo arrastra como un alud a todo; desde una discoteca, la recepción de medios y hasta la compra de una obra literaria o la asistencia a un concierto, como también la fiesta popular. A pesar de la vorágine, los campos aparecen claros, el de los productores o hacedores de cultura y el de sus consumidores. El tiempo preferencial de encuentro son los momentos de ocio y diversión (o distracción).

En ese sentido, es clave diseñar políticas culturales con sentido comunicativo, que hagan de la producción cultural no una especialización sino una actividad participativa de innovación en la que creatividad y reencuentro con lo propio sean hilos conductores de actividades comunitarias. Se trata de recoger el mundo subjetivo de la gente, sus conflictos y frustraciones, los miedos y sueños, las aspiraciones de cambio, los imaginarios de futuro y de felicidad, como materiales del trabajo cultural para generar viejas y nuevas ideas y sensibilidades sobre sí mismos y los demás. Situación que pasa por relacionar entretenimiento con aprendizaje, tanto en el nivel del deleite como en el de una mejor comprensión de la realidad y sus posibles desarrollos. Es el momento en que cultura y autoeducación se encuentran. Ser sujetos culturales simbólicamente significa darle protagonismo al ser humano individual y colectivo en la vida personal y social. Aunque, también, habría que promover la profesionalización, en el buen sentido, de sus propios gestores culturales.

¿Y dónde queda la vida cotidiana de la gente?, ¿el trabajo no es acaso lugar de producción cultural?, ¿las tareas domésticas y el modo de asumirlas no van creando subjetividades, percepciones, valores, simbologías?, ¿no habría acaso que tratar esta producción de sentidos cotidianos haciéndolos explícitos en los distintos campos de la vida humana?, ¿las formas de comunicación directa, cara a cara, no son fundamentales en la producción de nuestros modos de ser y sentir?, ¿los fervores religiosos no son acaso también cultura? ¿Qué está ocurriendo con los valores y los modos de comunicar en contacto con los medios masivos de comunicación? El descentramiento de la cultura de su propio

quehacer tendrá como fuente central de trabajo la explicitación y procesamiento de esa vida cotidiana y sus múltiples conflictos, en la que han tenido lugar cambios y rupturas significativas. Por ello, sigue siendo tan importante la recreación de esa vida cotidiana desde el uso de radionovelas como modo de producción cultural, vinculados a historias concretas de la gente. El enganche entre esa vida cotidiana reconociendo sus dimensiones subjetivas, debe ser el capital para ser recogido y reelaborado por la comunicación para el desarrollo. Ello permitirá colocar el tema cultural como sustento y confrontación del quehacer del cambio.

Pero la cultura también transcurre en otros quehaceres sociales como la economía, la técnica, la comprensión política de la sociedad. El mundo de lo académico y profesional adquiere y mantiene sentidos culturales modernos o post-modernos según sea el caso, que pueden estar impidiendo comprensiones sobre la vida y las demandas de los otros, sobre las mismas necesidades que el cambio requiere. La mirada profesional sesga su comprensión del cambio especialmente cuando se traslada a la práctica. Quizá otra de las nuevas subversiones culturales sea descentralizar la cultura hacia estos campos, siendo la comunicación un camino de sensibilización y preparación de otros agentes del desarrollo a entender la cultura y la comunicación como aspectos céntricos a ser considerados en cualquier intervención o diseño de políticas de desarrollo. Trabajar todo ello le compete a una comunicación comprometida con el desarrollo.

La recuperación educativa del lenguaje audiovisual y de la información

El lenguaje audiovisual y sus retos creativos han sido incorporados y legitimados ampliamente por los medios masivos. La imagen parece haber superado en comunicación a la palabra escrita para muchos sectores. Situación que va dejando huellas en la forma como la gente se relaciona entre pares y diferentes, reconociendo en la práctica las características culturales de la época. Y especialmente llama la atención las empatías que se han producido en este siglo entre culturas populares y medios audiovisuales, aceptándose mutuamente. El uso de medios como radio, televisión y material gráfico han permitido una producción interesante

y sugerente recurriendo a la imaginación, la relación entre realidad y ficción, entre necesidad y deseo, entre información y entretenimiento. Especialmente, es interesante esa asociación entre identificación de un problema o un relato y el dinamismo comunicativo con que se presenta. A tal punto que muchas veces tenemos relatos simples frente a usos creativos y de sensibilización casi infinitos. La emoción es parte constitutiva de ese lenguaje, la que es posible de ser relacionada con el razonamiento. La complicidad del receptor es en ese sentido clave, es el intérprete en este mar de estímulos de complejidades estéticas.

A pesar de la pobreza creativa a la que llegaron nuestros medios, especialmente la televisión latinoamericana, el propio lenguaje audiovisual de calidad nos anuncia que el mensaje completo no se dice sino que se sugiere apelando a la sensibilidad. Que también es importante interpelar a la audiencia para ser tocada o motivarla a pensar. Hasta una publicidad de 30 segundos es capaz de remover nuestras conciencias sin recurrir a grandes fundamentaciones ni a datos estadísticos de la realidad. La intención lúdica está siempre presente, no sólo en lo que se cuenta o presenta sino en los empalmes y los cortes, los sonidos que hoy caminan dinámicamente en el cine de las salas altamente tecnificadas. Utilizar, por ejemplo, la publicidad para elaborar un mensaje social creado por la misma comunidad, es una experiencia riquísima donde fondo y forma constituyen parte del proceso de construcción de sentidos, experiencias que cuando han sido utilizadas han sido altamente educativas y comunicativas. Todo depende de cómo se hace y con qué perspectiva.

Y desde estrategias diferenciadas, gracias a la segmentación, se puede llegar a públicos diversos. El reconocimiento de sensibilidades y necesidades diferenciadas ha sido un aporte de la cultura audiovisual, aunque fuese motivado tal descubrimiento por el sentido de lucro. Se adquirió, por lo tanto, competencias comunicativas como un núcleo interesante de intercambio entre comunicadores y públicos, es decir entre todos. Propuesta que no se opone a la comunicación comunitaria o local sino que más bien intenta complementarla reconociendo que el sujeto contiene diversas dimensiones de identidad, voluntad y afectividad. Mejor dicho, la propia acción comunitaria debía tomar en cuenta este cambio

en los lenguajes según generaciones, ocupaciones u otros aspectos a encontrar.

Para los jóvenes, el lenguaje audiovisual es su experiencia más cercana en el encuentro de su propia identidad. Es su estilo y conducta de comunicación, aunque hoy día estén insatisfechos con respecto a la televisión y emigren a las nuevas tecnologías para encontrarlo nuevamente. La expresividad fue el primer momento de esa construcción social, poder decir lo que la palabra escrita e incluso la hablada no podía decir. Se trataba de un encuentro con las formas de crear, comunicar y compartir entre ellos, más allá de los territorios nacionales y del realismo objetivo de la vida social. Todo un movimiento contracultural de diferente espesor que aún continúa, aunque con menos alternatidad. Estética y placer conformaban un modo de ser, manifestado con la mayor fuerza posible, donde el mundo del sueño y del deseo irrestricto de ser se lograba en cada momento, en el puro presente, con el juego dinámico y controvertido de las formas, del amor, de la droga, de la comunicación y la fiesta. Búsqueda que no fue nunca contradictoria a la televisión, y la publicidad de las marcas de zapatillas o de jeans, más bien hubo apropiación de estas producciones. Fue el nuevo modo de agrupamiento alrededor de la identidad juvenil, basada en compartir el mismo lenguaje, sin anular a la persona individual. Lo audiovisual y la música fueron sus principales modos de expresividad, entre notas musicales y conciertos, con graffitis y modos de vestir, ocupando territorios dentro y fuera del barrio, incluso a partir de la migración pues nunca están quietos. Así comunicar, y creativamente, es también desarrollar.

La fascinación por las nuevas tecnologías y la participación en internet apunta a otra manera de ser donde la preocupación por el sí mismo se reubica de manera más incluyente, buscando una integración virtual a la sociedad más allá de los ámbitos locales. Se conserva la fascinación por los lenguajes, pero en la circulación errática de información por el mundo, como supuestos ciudadanos del mundo. Así, lo escrito cobra sentido en el avance tecnológico y esa modernidad que constantemente se transforma a una velocidad tan tensionante como apasionada. El día de ayer ya es viejo. Estamos ante los adalides de un futuro que, por incierto y veloz, es atractivo, donde es posible participar y ser en una



perspectiva comunicativa mediada y directa, pero profundamente interactiva, pues es posible contestar y construir información buena o perversa que oculta al protagonista de carne y hueso. También es localización entre jóvenes diferentes, reagrupando la dispersión y confrontando identidades, intereses y amistades. De tendencia expansiva en el campo comunicativo, este compromiso juvenil en momentos donde prima la mundialización de la cultura, coloca a los jóvenes como viajeros virtuales y creativos, jugadores y modernos, explorándose a sí mismos en múltiples temas, redes, innovaciones. Es un estar más cerca de la sociedad, sin ningún signo de estancamiento, donde visibilidad significa a la vez poder esconderse. Sin embargo, en todo este movimiento podemos intuir que hay una infinita demanda de comunicación en diversos sectores de la sociedad, especialmente entre los jóvenes. La utilización de Internet por jóvenes y mujeres es, en ese sentido, significativa, pues si bien se experimenta al navegar, se busca anclajes: amigos, parejas, interlocutores de diverso tipo, familiares. Por ello el “chateo” resulta ser la práctica dominante: poder conversar entre iguales y entre diferentes<sup>5</sup>. La demanda de comunicación es evidente. Pero, el dilema es ¿cómo acercarla a la información sentida como necesaria?

¿Cómo recuperar estas demandas y estilos nuevos de comunicar para el desarrollo? En primer lugar, habría que pensar en proyectos menos temáticos en el sentido tradicional y más heterogéneos o vitales en su formulación. Y en una comunicación que recupere lo audiovisual y lo virtual, pero complementado con otros espacios de intervención. Para ello, necesariamente se requiere de una mejor articulación con proyectos educativos y culturales, inclusive aquellos destinados a la comunicación, como lo fue la experiencia realizada por Calandria con respecto al concurso anual de historieta juvenil. Ello nos obliga a repensar lo educativo, no como enseñanza sino como proceso de aprendizaje en relación a estas nuevas matrices de la comunicación y la producción cultural. Aprendizaje que puede ser errante pero que debe ser confrontado con los logros que van construyendo en la línea de cambio cultural, político o social. Además, es indispensable ubicar tales experiencias a proyectos participativos, ciudadanos, de sexualidad, entre otros que forman los intereses nuevos de los jóvenes, por ejemplo. Es decir, tiene

que existir una cierta coherencia entre lenguajes, educación y cambios a lograr.

Democracia para desarrollar la sociedad y desarrollo para democratizar la convivencia

Abordaremos en este caso un doble movimiento. El de hacer desarrollo con democracia y participación. Pero, también, el de incluir a la democracia como una meta del desarrollo, generando condiciones y estilos de vida que lo permitan, colocando el eje de la comunicación como motor del cambio. Afirmamos que debieran ser dos líneas complementarias. Anteriormente, planteamos algunos acercamientos más conceptuales que sustentan esta definición. Los pueblos conscientes de su propio valor y que participan en la construcción colectiva de su comunidad están más preparados para desarrollar y adquieren todo un capital social conectado que los hará más eficientes. En cambio, los pueblos pobres y desvalidos políticamente buscarán mandatarios autoritarios y populistas, retrasando el desarrollo. Dado que el tema es muy extenso, sólo trabajaremos dos caminos, entendiéndolos como líneas de acción: el de la producción democrática de políticas de desarrollo y el papel de la crítica constructiva en la definición de una lógica del poder más democrática en una convivencia humana compartida con instituciones políticas al servicio de la misma y donde cada sujeto es responsable de la conducción pública de la sociedad.

Las políticas de desarrollo son diseñadas por grandes organismos internacionales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Interamericano del Desarrollo, las instituciones especializadas de Naciones Unidas, entre otras más, sean de carácter privado o público. Igualmente, algunos gobiernos intentan hacerlo, con pocos resultados y con el corto plazo siempre en contra. Hay que destacar los aportes institucionales y de calidad como los de la CEPAL que han ingresado a proponer políticas y propuestas de desarrollo significativas desde hace mucho años. El PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo), cuyos informes son altamente útiles y plantean temas relevantes, que debían ser utilizados por los comunicadores

comprometidos con el desarrollo. La OPS es también significativa en el campo de la salud, entre otros más que incluso mantienen sedes en cada país. Igualmente hay un conjunto de consultores con diversas especialidades que se han especializado en campos específicos o generales del desarrollo. Sin embargo, el desarrollo no es un tema de la gente común y corriente, menos aún las políticas de desarrollo que un gobierno nacional o local puede implementar. Sin embargo, hay experiencias significativas que nos indican la viabilidad de esta propuesta, estamos ante una utopía posible.

De allí que la producción participativa de políticas adecuadas de desarrollo debía ser una meta central para comunicadores y educadores. No sólo se trata que el desarrollo esté en la esfera pública sino que sea algo producido por los actores del desarrollo, incluyendo a los sectores más empobrecidos. En ese sentido, es pionera la formulación de planes de desarrollo en algunas mesas de concertación local desarrolladas en Latinoamérica, pero que no han logrado convocar a sectores amplios de la población. Planes que se pueden agotar con los cambios de gobierno. Cuando son las políticas de cambio las que debían ser formuladas y adoptadas, buscando mantenerlas en el tiempo. En ese sentido, la tarea es definir qué es desarrollar para una comunidad, una región o un país. Y qué no lo es. Luego, ir desatando procesos que permitan que todos aporten ideas y vayan definiendo algunas políticas generales y resultados que orienten la definición de planes de corto y mediano plazo dándole formas. En realidad, es plantearse cómo queremos ser y vivir. Podría organizarse alrededor del mejoramiento de las condiciones básicas de vida, pero también con respecto a problemáticas centrales de cada lugar o grupo social. Uno de los ítems a tratar es cómo vivir juntos respetándose y el papel que deben tener la ley, las instituciones y los comportamientos humanos. De esa manera, el método de producción es un ejercicio democrático pero también se le incorpora como meta del cambio<sup>6</sup>.

Es, también, importante la instalación de la crítica al desarrollo y cómo se va implementando, alejando tanta receta y dogmatismo existente en este campo, instalando el diálogo. Estaríamos ante un ejercicio democrático pero también frente a un derecho ciudadano de supervisar esas políticas decididas y contribuir a su cumplimiento. Ello supone una

vigilancia ciudadana inteligente y constante, lo que estaría generando otras lógicas de funcionamiento del poder, no sólo del lado del que históricamente no lo tiene, sino desde la propia concepción del gobernante y funcionario público. En este caso, importa también salvaguardar la independencia y la libertad de expresión de los medios correspondientes. Y la gestación de otro tipo de medios públicos más cercanos al quehacer ciudadano.

En ambos casos, la comunicación es un aporte indispensable y vital. En primer lugar, como bagaje informativo para ser sostenido colectivamente, buscando metodologías que nos conduzcan a compartir, tomando en cuenta los rasgos culturales y las expectativas de los diferentes grupos humanos. Y luego en cuanto a la gestación creativa de una comunicación capaz de producir en colectivo las voluntades colectivas y el aprendizaje sobre lo que es el desarrollo y el papel que deben desempeñar los ciudadanos en esa conquista del desarrollo. Se trata de recurrir a métodos innovadores que permitan el ejercicio de la razón, de la pasión por conocer, saber o hablar y el uso de la información para su vida cotidiana. Estos son ejes que deben considerarse en todo proyecto comunicativo. La comunicación debiera dar garantía de participación de diversos sectores, buscando la construcción de lo común, en el que la crítica constructiva sea manejada, aceptada y hasta querida.

La intervención comunicacional entre sujetos: multifacética, ética e integradora, más allá de las estrategias

Profundamente humana, la comunicación requiere concentrarse en la relación entre sujetos. La comunicación es básicamente comprensiva de los mismos, buscando siempre conocerlos, renovándose durante el proceso de intervención. Y frente a las nuevas corrientes existentes sobre el desarrollo, es importante aclarar que el comunicador no es ser sólo un estratega sino básicamente un promotor de la comunicación que se preocupa por el largo plazo y los cambios a lograr conduciendo procesos tal como éstos aparezcan. El comunicador, cuando está involucrado en el desarrollo, no está frente a una tabla de ajedrez, diseñando qué y cómo hacer para ganar. Tampoco es un militar que planifica sus

movimientos usando sus recursos humanos, los territorios y sus conocimientos e intuiciones para vencer en una guerra. Es un conductor de procesos comunicativos diversos para apoyar a los distintos actores, sus instituciones y la gestión a que ésta vaya consiguiendo logros percibidos como tales por la comunidad.

De allí que un buen comunicador deba usar diferentes ámbitos, medios y metodologías, desde las más tradicionales hasta las más creativas, pero guardando la coherencia entre esas diferentes intervenciones. La radio sola avanza poco. Igual con la televisión que tendrá mucho impacto en el momento, ésta no consolida logros y procesos de cambio. La relación bilateral que se genera en la conversación, el taller, el foro de discusión, de la reunión de la organización son también metodologías insuficientes. La utilización de la calle y de otros espacios públicos, usando las modalidades de feria, de fiesta, de comparsa o caravana con diferentes opciones de participación para la gente, suele ser productiva pero no es de largo aliento. De la misma manera diferentes géneros comunicacionales son complementarios entre sí: la radionovela, la información, algo de publicidad, el debate, la comedia, etc. Cuantos más métodos se utilicen, unos ciudadanos se acomodarán a unos más que a otros; en cambio, hay quienes serán fanáticos de sólo uno o dos formas de comunicar. Aunque tampoco hay que atiborrar a los proyectos de muchas metodologías de expresión. Pero combinar es siempre una práctica más plural y convincente en la importancia del tema a tratar. También es importante hacer variaciones, ensayar oportunidades nuevas, definir el comportamiento comunicacional en su identidad precisa en algunos aspectos e interesante en otros porque siempre trae novedades. Y, en algunos sectores, funcionan unos instrumentos más que otros, especialmente cuando hay resistencias, miedos y sospechas acerca del cambio o del personaje en cuestión. En este sentido, la comunicación es multifacética y profundamente creativa, pero cultural y educativamente pertinente.

Y no se debe centrar en un solo tema; más bien, debiera permitir que éste se abra en todas las articulaciones posibles, para luego volver sobre él. No podemos imponer un tema desprendiéndolo de otros cuando la gente no lo vive así. Pero, a la vez, es importante que aprenda a

concentrarse en problemas específicos para poder resolverlos. A los comunicadores nos importan los actores del desarrollo, el proceso vivido, lo que van consiguiendo, el esquema valórico que puedan armar, pues el pragmatismo y el clientelismo en las poblaciones altamente necesitadas es muy alto constituyendo un modo de relacionarse con los diferentes. La ética comunicacional básicamente humana, debe defender al sujeto, su proceso y el cambio, en un clima de participación y libertad, de promoción del ejercicio de la conversación y creatividad. Cuando los otros profesionales coloquen el resultado cuantitativo como la meta a lograr, el comunicador debe generar otros indicadores más cualitativos de lo conseguido o avanzado. Y su rol debe buscar un equilibrio entre comunicación y desarrollo.

¿Hacia una sociedad civil global? El movimiento de mujeres como paradigma

*“Somos ciudadanos mundiales porque el mundo penetró en nuestra vida cotidiana. Esto altera nuestra comprensión de la proximidad y la distancia. En este aspecto los medios de comunicación tienen un papel preponderante. Aproximan lo que se encuentra afuera, esto es alejado, pero en el interior de la modernidad-mundo, a quienes los usufructúan.”*  
Renato Ortiz<sup>7</sup>

Admitiendo que en el campo de la economía y la cultura nos hemos mundializado y debiéramos ser ciudadanos con derechos y compromisos universales, hoy lo que ocurre es que los otros países del mundo están más cerca de nosotros. Y de esta globalización unos se enriquecen y empobrecen otros, como en cada país pero a escala monopólica mayor, comprometiendo a nuestros débiles países con los sectores menos beneficiados. Los latinoamericanos emigramos por todas partes estableciendo redes familiares y amicales que trascienden las fronteras que antes nos hacían dividir los territorios entre el propio país y el extranjero. En el ámbito del consumo, lo que compramos procede de oriente y occidente, del norte y el sur o de una combinación de

procedencias y territorios productivos. En el campo cultural y el comunicativo, tan relacionados, ha habido mucho intercambio no siempre positivo, generando diversas circulaciones y moviendo las identidades esencialistas o esquemáticas. Sin embargo, en el desarrollo, reconociendo que el modelo hegemónico neoliberal ha fracasado en nuestro continente, su crítica y la formulación de alternativas desde nuestra propia percepción del desarrollo es mucho más débil, a pesar del esfuerzo que se inicia con los foros mundiales, los que, sin embargo, parecen ser alentadores.

En las últimas décadas, se ha inaugurado un tipo de actuación civil y política cuyo punto de partida no fue ejercer influencia sobre los gobiernos nacionales sino sobre el conjunto de naciones reunidas bajo la convocatoria de organismos internacionales, para que luego, por efecto multiplicador, se crearan mejores condiciones de cambio a nivel nacional por los compromisos establecidos de nuestros gobiernos con la comunidad internacional. Para ello, fue necesario articular a la sociedad civil internacional que venía ya realizando esfuerzos de presión internacional.

En ese sentido, vale la pena mencionar a dos movimientos ciudadanos que devinieron en productores de efectos globalizadores, gestando un conjunto de principios compartidos a defender. Se basaron en compromisos que son vínculos fuertes de protagonismo en el mundo. Unos, primero, fueron locales luego se internacionalizaron y al conseguirlo crearon formas nuevas de cambio en lo nacional y local, desde articulaciones mundiales. Igualmente algunos fueron privados y luego adquirieron presencia y poder en los estados. Me refiero al movimiento feminista y al de derechos humanos. Ambos han creado instituciones privadas y públicas que garantizan una cierta continuidad y han logrado universalizarse en sistemas legales y en sensibilidades colectivas.

Y en el caso de los derechos humanos han, incluso, gestado redes que comprometen a Estados y en otros casos a sociedades civiles como, por ejemplo, la Corte Internacional de Derechos Humanos o los movimientos como Amnistía Internacional, entre otros. El entramado a destacar estaría en las alianzas conseguidas en el nivel de los principios como en las

estrategias y apuestas políticas. Es decir, las acciones ciudadanas colectivas adquirieron protagonismo en el mundo. Sin embargo, el aspecto clave que le da sentido ciudadano y alcance amplio es el estar sustentados en un proyecto ético, donde tiene lugar la solidaridad y la justicia para que sea posible la emergencia de comunidades más humanas y respetuosas de los derechos que nos asisten.

En el caso de las mujeres y su búsqueda universal de la equidad, tiene como peculiaridad que compromete a cada persona de manera militante y desde su propia vida cotidiana. La búsqueda incorpora las diversas dimensiones de la ciudadanía promovéndolas. Se da en el campo local, pero también en el nacional y global. Las propias luchas en conferencias mundiales ha influido en los gobiernos y la legalización e institucionalización del tema y de su tratamiento. Para luego retornar al campo concreto de las relaciones entre varones y mujeres. Une la lucha por la democracia incluyente con la de la justicia, como lo sugiere Nancy Fraser: “El género es entonces un modo de colectividad bivalente; tiene una faceta político-económica que lo ubica en el ámbito de la distribución, pero tiene también una faceta cultural-valorativa que lo ubica simultáneamente en el ámbito del reconocimiento. (...) Las feministas deben buscar soluciones político-económicas que socaven la diferenciación de género y, a la vez, buscar soluciones culturales-valorativas para resaltar la especificidad como colectividad menospreciada”. Ello significa como proyecto ético político que la participación y la justicia deben ser principios básicos –aunque vividos como dilema– que equilibren nuestros sentidos de utopía, guías de la acción.

Por ello coincidimos con Adela Cortina cuando afirma “Porque sólo proyectos capaces de generar ilusión, proyectos realistas por estar entrañados ya en el ser persona, pueden hacer fortuna, y el ideal cosmopolita en el reconocimiento de los derechos de los refugiados, en la denuncia de crímenes contra la humanidad, en la necesidad de un Derecho Internacional, en los organismos internacionales y, sobre todo, en la solidaridad de una sociedad civil, capaz de obviar todas las fronteras. (...) Y es que el proyecto de forjar una ciudadanía cosmopolita puede convertir al conjunto de los seres humanos en una comunidad”<sup>8</sup>. En esa

idea podemos entonces hablar de una ciudadanía cosmopolita o universal dentro de una comprensión emancipatoria y solidaria del mundo. Sin embargo, la comunicación y el desarrollo no son aún movimientos globales precisos, perdiéndose entre los grandes y los pequeños temas y la instrumentalización de sus métodos.

Pero reconocer tales avances no significa asumir una mirada histórica triunfalista, ni terminar con la idea del conflicto, al haberse éste amortiguado aparentemente, más bien se ha movido de lugar. Se trata más bien de reeditarlos anotando su gran complejidad en el campo de la globalización. En ambos de los temas señalados respaldados por movimientos nacionales y locales no sólo se mantiene el conflicto sino que se transforma en la medida que el poder será siempre un campo de lucha humana y de desigualdad. El asunto es cómo consolidar y renovar constantemente su presencia en el mundo. Y cómo agudizamos nuestra sensibilidad e inteligencia para reubicarlo.

Por ejemplo, no podemos ignorar cómo estos dos grandes movimientos no logran conexiones que comprometen en lo interno a los nuevos movimientos ciudadanos y al sujeto individual común y corriente. Ni sus definiciones tocan aspectos relacionados a esas nuevas maneras de estar presentes localmente pensando globalmente. Es decir, su ubicación si bien es más política y social, debía convertirse en un gran movimiento cultural de amplio impacto para poder comprometer, para citar un caso, a las industrias culturales y las sensibilidades colectivas. El feminismo debe convertirse en sentido común, en fuente de producciones culturales que circulen por el mundo.<sup>9</sup>

No sólo aseguramos hoy que la vida humana transcurrirá siempre alrededor del conflicto sino que la incertidumbre del futuro forma parte de nuestra perspectiva de vida. En ese sentido, Hannah Arendt nos llama la atención sobre el sentido procesual de la acción “En este aspecto de la acción –importantísimo para la Época Moderna, para su enorme ampliación de las capacidades humanas como para su concepto y conciencia de la historia– se inician procesos cuyo resultado no puede vaticinarse, de manera que la inseguridad más que la fragilidad pasa a ser el carácter decisivo de los asuntos humanos”.<sup>10</sup>

La idea de comunidad no sólo fue desterritorializada, sino desterrada de los sentidos de futuro de la actual modernidad, como ya lo hemos anotado. Las redes ciudadanas que podamos entretejer en el mundo tendrían que apostar a recrearla. Ello supone repensar las diversas instituciones locales, nacionales y mundiales como generadoras de vínculos interconectados y dialogantes. Sin embargo, el panorama es terrorífico si observamos las realidades familiares, educativas, políticas. Aquí, la comunicación hace suya la solidaridad vivida como factor de desarrollo humano, como finalidad ética. Ella podría ayudar no a recobrar el pasado sino a cambiarlo. No estamos sugiriendo una operación de rescate sino de búsquedas innovadoras de confluencias en el campo de los principios. Se trata de rastrear nuevas utopías de justicia y felicidad de manera creativa y diferenciada, en nexo de unos con otros. Camino que hemos de encontrar si somos, a la vez que exigentes, sumamente comprensivos con lo que va ocurriendo. En esta perspectiva, la comunicación vinculada al desarrollo aún no ha conformado un movimiento global, ni siquiera aquella entendida como información o como oferta massmediática, a pesar de las críticas existentes y recogidas en diversos países, aunque ya hay signos de emprendimiento en esa línea. Por ejemplo, la defensa de la comunicación comunitaria. Y a nivel latinoamericano, se están tejiendo redes motivadas por la conexión entre comunicación y desarrollo. Están los esfuerzos de la Iniciativa de Comunicación y del Son de Tambora a través de Internet, o el movimiento de “Our Media”, entre otros. También aparecen las articulaciones alrededor de la relación entre comunicación y salud promovidas entre latinoamericanos e instituciones del norte del continente. Hace falta que esta perspectiva de mundo, desde lo local a lo global, cobre más fuerza y sentido en la comunicación en general como en su vinculación con el desarrollo.

La comunicación también debe cambiar

Ella es también objeto de desarrollo. En primer lugar, dándole más presencia y fuerza al modelo relacional y su articulación más ciudadana con el cambio, tanto en la comunicación más alternativa o local, en la

masiva y en la virtual. Y, en segundo lugar, asumiendo de manera responsable la vigilancia de las comunicaciones masivas y mundializadas en nuestros países y el papel que están jugando en la política, la cultura y el entretenimiento. Hace falta un cambio sustantivo y un mejor entendimiento entre productores, sus públicos y las necesidades éticas de nuestras sociedades. Hemos presenciado cambios logrados en el ámbito local que los medios masivos han deslegitimado.

Estamos trabajando una experiencia interesante que se llama Veeduría Ciudadana de la Comunicación Social, promoviendo la participación y vigilancia ciudadana sobre los medios masivos de comunicación, desde acciones articuladas con la sociedad civil para generar una mejor adecuación de los medios y sus consumidores al proceso de construcción de la democracia en el país. Para ello, estamos organizando tal participación en cuanto a observar y exigir la ética, la institucionalización y la pluralidad que el país requiere. Buscamos calificar la demanda ciudadana desde el liderazgo de voluntarios, para que ésta sea exigente frente a los medios y orientadora ante los ciudadanos comunes y corrientes desde el lugar de su vida cotidiana, el hogar y el ocio, asumiendo la importancia de la libertad de expresión y el derecho ciudadano a informarse y comunicarse democráticamente. Y así crear mecanismos de diálogo entre esa ciudadanía, la sociedad civil organizada y los medios para generar cambios en la oferta massmediática. Es decir, intentamos influir sobre el mercado y sus empresarios y estamos construyendo alianzas con el Estado, las universidades, los expertos, algunos periodistas y toda la sociedad civil posible. Estamos hilando calidad humana y fuerza política de cambio en la sociedad.

Y lo hacemos porque los medios de comunicación se constituyen hoy en un factor importante de formación ciudadana y de legitimación del poder. La clase política se justifica o entra en cuestionamiento por relación y acción directa con periódicos, revistas, radio y televisión. Las nociones de autoridad, de valores y de comprensión de la institucionalidad política de un país se conforman o consolidan en el acontecer noticioso y en los programas o secciones de la actual oferta massmediática. La propia agenda nacional e internacional sólo es posible construirla desde el consumo cotidiano de los medios. Los conceptos y sentimientos de nación y mundo

son también interpelados en relación con ellos. En la misma línea, la ciudadanía va definiendo sus estilos y modos de comunicación. Los climas colectivos de confianza o desconfianza pasan por la observación de acontecimientos e imágenes massmediáticas. Éstos son, hoy, fundamentalmente audiovisuales; opinantes pero poco reflexivos, menos analíticos y deliberativos; e inmersos en una gran confusión ética imperando la desesperanza. Si bien éste es un fenómeno global, en los países de débil institucionalidad estatal, política y social, los medios tienen un peso mayor en la medida que la educación, la familia, las organizaciones sociales y los partidos no aportan a forjar ciudadanos independientes y democráticos sino más bien suelen acentuar sentimientos de sobrevivencia y de sumisión al poder, generando conciencias individuales y colectivas dispuestas a legitimar el autoritarismo, el clientelaje, el desorden y la corrupción.

Para este tipo de entrada, es necesario repensar el papel de la educación. El paradigma no se centraría tanto en su propia efectividad –escuelas, talleres, capacitación– sino en cuanto ésta se relaciona con la acción (hacer algo nuevo) y la propia vida cotidiana adquiere postura crítica y creativa en relación con otros. No son, por lo tanto, las grandes transformaciones sino cómo adquiere sentido el lugar de cada persona en la sociedad entendiéndola en sus diferentes dimensiones sociales, culturales y económicas.

Sólo quisiera terminar haciendo una pregunta: ¿podríamos ampliar esta experiencia a escala mundial e interactuar con las fuerzas monopólicas globalizadas? Sólo seremos capaces de ser sociedad civil global cuando sepamos unir lo individual, lo público estatal, lo local y nacional, las organizaciones de diverso tipo en una cadena de influencias y principios éticos comunes que nos permitan entonces relevar el sentido de comunidad desde la búsqueda común del camino viable de transformación del mundo poniendo en cuestión al propio modelo de la globalización.

Algunos movimientos comunicativos latinoamericanos se trasladaron de lo local a lo masivo, sin retorno. Asumieron los géneros, estilos narrativos e informativos producidos por los medios. Valoraron el gran escenario para decir otros contenidos. Y en esa aventura, perdieron el

contacto y la comunicación propias de la cultura cotidiana que los grandes procesos de mediación cultural sí hicieron en su momento. No siempre pudieron hacer esas nuevas y subversivas conexiones entre imaginarios subjetivos y deseos individuales y colectivos. La comunidad que se asumía es la global, aquella que une a la gente por las coincidencias en sus gustos más epidérmicos, tan bien trabajados por nuestras industrias culturales.

Pero ello no significa que la humanidad se homogeniza y se pervierte. Los mismos retos valóricos continúan aunque más complejizados. Mundializarse puede también significar, a pesar del riesgo de dispersión, un amplio campo de competencia por la existencia de valores universales que nos vayan uniendo. Es la pelea de ecologistas, de las mujeres, de los derechos humanos. Si bien el poder y los grandes monopolios se consolidan sin ningún control, surgen posibilidades que debemos descubrir e inventar.

Necesitamos pensar e investigar más en este campo pero acompañando los procesos sociales, políticos y culturales desde ese lugar estratégico que cubre hoy día la comunicación. Vivimos momentos de cambio, no sólo porque estamos en los umbrales de un nuevo siglo, que podría ser irrelevante, sino porque las transformaciones parecen ser de época anunciándonos vertiginosos y dinámicos movimientos de futuro. Estamos siendo testigos de transiciones profundas, el temor y la postura absolutamente críticas. Leer los nuevos tiempos desde sus múltiples acontecimientos es una cuestión clave, actuar con mística pero sin certezas, ser propositivos y buscar creativamente salidas, diversificar acciones son parte de una respuesta responsable ante una realidad compleja donde no somos más los salvadores sino sus testigos de acción y parte de una red de motores de las nuevas esperanzas.

#### Notas Bibliográficas

- 1 SUNKEL Osvaldo y PAZ Pedro, "El Concepto de desarrollo y Subdesarrollo", en *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, Siglo XXI Editores.  
SUNKEL Osvaldo y ZULETA Gustavo "Neoestructuralismo y

- Neoliberalismo en los años noventa", en *Desarrollo y Cambio Social: Aportes y retos de las ONGs*. PACT Perú. Lima 1997.
- 2 MAX-NEEF, Manfred; ELIZALDE, Antonio; y HOPENHAYN, Martín "Desarrollo a escala Mundial. Una opción para el futuro". En *Desarrollo y Cambio Social: aportes y retos para las ONGs*. Lima 1997, página 102. Y SEN, Amartya. "¿Cuál es el camino del desarrollo?" En *Desarrollo y cambio Social: Aportes y Retos para las ONGs*. Lima. PACT Perú, pág 37.
- 3 Como se sustenta más ampliamente en el texto "Ciudadanos de la ciudad: cambios e incertidumbres comunicativas", ponencia de R. M. Alfaro presentada en Quito, Ecuador en Seminario sobre Comunicación, ciudadanía y ciudad (Flacso y Ebert), Julio del 98.
- 4 Como lo sostiene Germán Rey en "Otras plazas para el encuentro". "Escenografías para el diálogo". CEAAL-Calandria. Lima 1997, págs. 19-48.
- 5 Indagaciones realizadas con los estudiantes de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Lima con respecto a las conductas mediáticas de los jóvenes; y en un pequeño estudio de "focus groups" realizada para Isis Internacional sobre las demandas de las mujeres a Internet. En ambos casos, éstas se realizaron en el 2002.
- 6 En ese sentido es interesante el libro de Alain Touraine *¿Podremos vivir juntos?* Efe. Argentina, 1998.
- 7 ORTIZ, Renato, *Otro Territorio*. Convenio Andrés Bello. Bogotá. 1998, pág. 15.
- 8 *Ibid.*, págs. 252-253.
- 9 FRASER, Nancy, *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*. Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes. Bogotá, 1997, págs. 33 y 37.
- 10 ARENDT, Hannah, *La condición humana*. Paidós. Buenos Aires, 1993, pág. 252.